Globethics Repository

Sobre cierta interPretrasción de la intelectualidad latinoamericana [On certain interpretation of Latin American intelligentsia

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Vilas, Carlos M.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-01 15:42:02
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220790

Nueva Sociedad Nro.107 Mayo- Junio 1990, pp. 121-130

Sobre cierta interPretrasción de la intelectualidad latinoamericana

Vilas, Carlos M.

Carlos M. Vilas: Cientista social argentino. Investigador titular en la Universidad Nacional Autónoma de México. Vivió y trabajó en Nicaragua durante toda la década de los 80. Autor de Perfiles de la Revolución Sandinista (Premio Casa de las Américas, 1984); Transición desde el subdesarrollo, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1989 y otros libros y numerosos ensayos.

El autor coincide con James Petras en lo que llama «la defección de los intelectuales críticos», que están por ahí «entre el escepticismo y el protocolo», pero disiente con brío de algunas valoraciones y explicaciones de Petras sobre el fenómeno en América Latina. Considera el análisis de aquél parcial en su aspecto descriptivo y excesivo en su dimensión evaluativa. Petras - según Vilas - mete a todo el mundo en el mismo saco, generaliza de manera exagerada, y más que un diseño de una realidad construye una caricatura de algunos de sus aspectos, para criticar esa caricatura, o esos aspectos parciales, como si toda la realidad se redujera a ellas. Algunas de las interpretaciones de Petras sobre el tema se aproximan mucho a un materialismo vulgar. En esto último su discusión observa un claro parentesco con el marxismo académico predominante en EEUU, fuertemente determinista en sus enfoques sobre América Latina.

James Petras fue uno de los primeros en advertir acerca de la derechización creciente de los intelectuales latinoamericanos, en especial de los que se encuentran afiliados a centros de investigación financiados por organismos extrarregionales [1]. Petras contrapone dos modelos o tipos de intelectuales latinoamericanos: el intelectual orgánico de la década de 1960, ligado a la problemática de las luchas sociales y

[1]James Petras: «La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos» en Estudios Latinoamericanos, México, N° 5, julio-diciembre 1988, 81:86. El artículo fue reproducido también en publicaciones de Uruguay, Argentina y Chile. Su autor abundó en el mismo tema en un reportaje de Gregorio Selser publicado en el diario La Jornada de México, 25 al 28 de Octubre 1988. (Nota de la Redacción: El ensayo de J. Petras que publica NUEVA SOCIEDAD en esta edición es una primicia y se refiere a una dimensión mundial del tema no ya sólo latinoamericano. Vilas, por lo mismo no conocía este ensayo de Petras).

políticas, simpatizante de las propuestas revolucionarias o de transformaciones profundas, y el intelectual institucionalizado de la década de 1980, cuyos estudios teóricos y empíricos «se enmarcan en un contexto ideológico que suministra un terreno intelectual inadecuado para desarrollar un compromiso con las luchas de clase emergentes». El tránsito de uno a otro estuvo enmarcado por el establecimiento de dictaduras militares que intervinieron las universidades y reprimieron el pensamiento crítico en la segunda mitad de la década de 1960 y en la de 1970; los centros de investigación que fueron creándose, o ampliándose, alojaron a buena parte de los intelectuales excluidos de las universidades. A falta de un presupuesto estatal, debieron recurrir al financiamiento de agencias gubernamentales y no gubernamentales externas.

Petras afirma que la domesticación de los intelectuales es un resultado de esta fuerte dependencia del financiamiento externo. A fin de sobrevivir en algunos casos, crecer y proyectarse en otros, los centros, y los intelectuales ligados a ellos, tuvieron que aceptar las líneas de trabajo, las prioridades y los enfoques promovidos por los donantes. Esto condujo a un relegamiento de otros temas y enfoques; en particular - señala Petras - fueron crecientemente marginadas las investigaciones referidas a la dominación imperialista en América Latina, a la articulación entre clases dominantes locales y aparatos de Estado e intereses norteamericanos en la región, a las bases sociales y económicas, vale decir de clase, de los regímenes políticos. En su lugar, se puso énfasis creciente en el rigor metodológico, independientemente de la relevancia sustantiva de los temas y los enfoques desarrollados.

Hace algunos años tuve oportunidad de llevar a cabo una evaluación sistemática de varios de los más importantes centros de investigación social de Centroamérica y América del Sur, que incluyó extensas discusiones con sus directivos e investigadores, lectura de toda su producción científica de los cuatro años inmediatamente anteriores, entrevistas con investigadores e intelectuales ajenos a los centros, funcionarios de las agencias gubernamentales de ciencia y tecnología, y personas e instituciones vinculadas de alguna manera al tema[2] . Aparte de eso, me he formado íntegramente en la tradición académica e intelectual crítica latinoamericana y, hasta donde he podido, he tratado de fortalecerla. Vivo y trabajo de manera permanente en América Latina y he combinado la vida universitaria con el involucramiento directo en procesos de transformación social. Me considero por lo tanto en condiciones técnicas de opinar sobre el tema, además de sentirme aludido vitalmente en mi condición de intelectual latinoamericano.

[2]Véase Hobart Spalding jr., Lance Taylor y Carlos M. Vilas: SAREC's Latin American Programme (LAP): An Evaluation, SAREC Documentation Series, Estocolmo, diciembre 1985.

Serias discrepancias

Para comenzar, diré que coincido con Petras, pero sólo parcialmente. Comparto sus apreciaciones en torno a una evidente moderación ideológica de las principales corrientes de análisis social en América Latina y, sobre todo, sus señalamientos sobre una creciente atención prestada a lo que puede designarse como factores endógenos en las luchas sociales del continente. Estoy de acuerdo también en que desde el reflujo, a mediados de la década de 1970, de los estudios sobre la dependencia -con toda su inmensa variación de aspectos, enfoques, estilos -, el imperialismo, o la dominación externa, o el neocolonialismo, o como quiera llamárselo, ocupa un espacio reducido en la producción científica de la región, y en el caso de algunas instituciones de investigación, es apenas una referencia oblicua. Lo mismo debo decir respecto de la despolitización del tratamiento de los fenómenos políticos, de los que las corrientes predominantes en el estudio de los procesos de democratización ofrecen los ejemplos más notorios. Me parece importante que vuelva a plantear el tema de la influencia del financiamiento externo a los centros de investigación, una cuestión que desde fines de la década de 1960 se había dejado de discutir.

Al mismo tiempo, disiento con algunas de las valoraciones y explicaciones que Petras formula en torno a estas cuestiones. Considero que su análisis es parcial en su aspecto descriptivo y excesivo en su dimensión evaluativa. Mete a todo el mundo en el mismo saco, generaliza de manera exagerada, y más que un diseño de una realidad construye una caricatura de algunos de sus aspectos, para criticar esa caricatura, o esos aspectos parciales, como si toda la realidad se redujera a ellas. Creo que, tal vez por razones de espacio, o por las limitaciones de su información, Petras no explora a fondo las causas de los fenómenos que describe, y en franco contraste con la meticulosidad de su análisis sobre otros aspectos, algunas de sus interpretaciones sobre este tema se aproximan mucho a un materialismo vulgar. En esto último su discusión observa un claro parentesco con el marxismo académico predominante en EEUU, fuertemente determinista, y en sus enfoques sobre América Latina donde campea un sobre-énfasis en el papel de los aparatos de Estado y los intereses económicos inmediatos de EEUU, y en general de los condicionantes exógenos. En lo que toca a la cuestión del financiamiento externo y su impacto en la escogencia de temas y enfoques de investigación, el trabajo es ambiguo e indirecto, y no aporta nuevas ideas o criterios.

Me llama la atención la interpretación que da Petras al concepto gramsciano de «intelectual orgánico». Según Petras, «Gramsci llamaba 'intelectuales orgánicos' (a los) escritores, periodistas y economistas políticos ligados directamente a las luchas

políticas y sociales contra el imperialismo y el capitalismo» (p. 83). Esta es una lectura restrictiva del intelectual italiano. Para Gramsci la «organicidad» de un intelectual deriva de su capacidad para expresar y sintetizar la propuesta política de una clase o grupo social, en principio con independencia de su propia situación de clase y de su pertenencia a aparatos u organizaciones políticas determinadas. Con independencia de su profesión. Y sobre todo, ¡con independencia del signo ideológico de esa propuesta! ¿O es que la derecha carece de intelectuales orgánicos? ¿Cómo negar a Octavio Paz su condición justamente ganada de intelectual orgánico del establishment norteamericano?

Dudo mucho que los intelectuales orgánicos de la izquierda latinoamericana de la década de 1960 hayan sido, en conjunto, realmente orgánicos. Algunos lo fueron; otros fueron simplemente apocalípticos. En la década de 1960 y parte de la de 1970 era frecuente observar en las universidades de América del Sur una especie de esencialismo ideológico de ciertas carreras y profesiones. Sociología era, por definición, una carrera de izquierda, cuando no revolucionaria; derecho, por supuesto, era de derecha. Psicología también era de izquierda; antropología, especialmente a partir de la cuestión del «Plan Camelot» en Chile, dirigido por un antropólogo, era francamente reaccionaria. Ciencia Política no estaba claro. Economía también era más o menos de derecha, salvo que se tratara de economía «política», que sí era de izquierda (aunque Marx se dedicó mas bien a la crítica de la economía política). Este enfoque infantil, cuando no ingenuo, de una esencia ideológica prefijada de ciertas regiones del conocimiento científico, fue al principio patrimonio de una izquierda también infantil y no menos ingenua - pero quiero señalar que de este esencialismo nunca participaron los partidos comunistas de la región: sus errores fueron de otra índole. Una politización superficial e intransitiva, que consiguió poco más que convencer a la derecha más recalcitrante de que efectivamente había carreras y profesiones de izquierda, subversivas y disociadoras, que fueron eliminadas o severamente golpeadas por las intervenciones militares.

El involucramiento real de esta izquierda universitaria fue, en líneas generales, de escasa relevancia. Su agitación estudiantil y su virulencia conceptual no tuvieron consecuencias efectivas equivalentes en el desenvolvimiento de las luchas políticas. Su impacto académico o intelectual o literario en términos de aportes efectivos a un mejor conocimiento de la sociedad latinoamericana fue reducido, exiguo incluso. Cuando Petras recrimina a los intelectuales orgánicos de izquierda de ayer, haberse convertido en los integrados de hoy, equivoca el juicio.

Yo diría que, al contrario, es esa integración en el centro derecha, en la ciencia política sin política, en el estudio de la sociedad al margen de las clases, la que ha acordado un mínimo de organicidad a estos intelectuales, aunque el signo político de la mutación me guste tan poco como a Petras. En la década de 1960 decían y escribían cosas que nos gustaban más, y que se parecían más a las cosas que el pueblo hacía, o quería hacer. Pero las escribían de manera tan oscura, y las publicaban en revistas y libros tan caros, que los trabajadores, los villeros, incluso muchos de sus estudiantes, no tenían oportunidad de notificarse que se trataba de sus intelectuales orgánicos. Hoy, es innegable que estos mismos intelectuales han alcanzado una incidencia mucho más efectiva en los procesos sociales, y una articulación más fuerte a los relieves reales del mapa político, por más que el signo ideológico de su práctica intelectual sea otro.

Creo que lo mismo debe decirse de los colegas que han persistido en sus amores y opciones de antaño. Es indudable que en la actualidad no es la izquierda quien lleva la iniciativa en el debate ideológico y académico del continente. Pero si la eficacia de una línea de pensamiento se aprecia en sus efectos de mediano o largo plazo, creo que no podemos negar que hoy existe entre los intelectuales críticos de América Latina una conciencia política más desarrollada en lo que toca a la soberanía nacional, al derecho de los pueblos a la autodeterminación, a la vigencia de los derechos humanos, al acceso a condiciones dignas de vida, a la participación popular amplia y efectiva en el diseño de sus sociedades. Y también una sabiduría política mayor, por lo menos en lo que se refiere a emanciparnos de la sobreideologización de los análisis y a no confundir virulencia terminológica con eficacia cuestionadora.

La dialéctica de la sociedad

En efecto, también sabemos más: sabemos por ejemplo que no existen recursos en el acervo del poder de los grupos dominantes y del gobierno de EEUU para impedir que los pueblos se insurreccionen, pero sabemos también que las revoluciones populares obedecen a fuerzas mucho más complejas y profundas que la impaciencia de los académicos de izquierda. Sabemos que, a veces, sólo una revolución abre las puertas del desarrollo, la justicia social y el poder popular, pero también sabemos que en esto no hay nada de mecánico ni de inevitable, y que tras la grandeza y el heroísmo de un pueblo en revolución pueden esconderse, y nutrirse, no pocas pequeñeces y miserias, y que los errores descomunales se entremezclan con los aciertos históricos. En resumen, después del maniqueísmo, el determinismo y la in-

genuidad (o perversidad: depende cómo se miren las cosas) hemos finalmente descubierto en qué consiste la dialéctica de la sociedad.

Petras, entonces, en su afán de dotar de mayor fuerza a su argumento, lo debilita, y mete en el mismo saco a todo el mundo: orgánicos e integrados, incómodos y acomodados, víctimas y victimarios. Lo mismo que en el tango de Discépolo: la biblia junto al calefón. Porque efectivamente una buena parte de los orgánicos de antaño devino integrada, como señala Petras, o cayó en el escepticismo; pero otra parte se mantuvo consecuente con sus compromisos - y habría sido bueno que se les dedicara siquiera una referencia, ya que de ellos todos hemos aprendido -, y otra parte se convirtió en lo que yo denomino «intelectuales de protocolo», a los que me referiré más adelante.

Las ilustraciones que Petras ofrece de lo que considera intelectuales orgánicos de la década de 1960 son poco pertinentes para una discusión relevante. Si dejamos de lado la figura de Camilo Torres, cuyo involucramiento político directo parece haber sido en alguna medida producto de sus reflexiones sociológicas, los demás ejemplos seleccionados (Guevara, Santucho, De la Puente, Julio Castro) son cuestionables. Estos fueron conductores políticos - de extracción universitaria sin dudas - y su incidencia mayor o menor en los procesos políticos de sus países tuvo lugar en función de este carácter específico: conductores. Esto es particularmente notorio en el caso de Che Guevara, cuya producción escrita fue ante todo una dimensión de su actividad como dirigente político y estadista.

Sospecho que, en una interpretación curiosa de Gramsci, Petras sugiere con estos ejemplos que todo dirigente revolucionario es un intelectual orgánico de la clase cuyo proyecto promueve; en tal caso, la proposición debería incluir a los dirigentes políticos que no son de extracción universitaria, puesto que lo que lo convierte en intelectual orgánico no es una habilidad profesional dada, o su expresividad literaria, sino su capacidad para proponer y expresar un proyecto de organización política de la sociedad. En tal sentido Emiliano Zapata, Pancho Villa, Augusto Sandino, y una larga lista de dirigentes populares deberían ser considerados tan «intelectuales orgánicos» como los que alguna vez pasaron por la universidad. Sea como fuere, considero exagerado reprochar al grueso de intelectuales latinoamericanos no haberse convertido en dirigentes políticos de la izquierda radical. Creo que en este aspecto los dirigentes de la izquierda latinoamericana tienen criterios mucho más amplios que los de Petras.

Asimismo, considero moralmente cuestionable y sociológicamente errada la reducción de la problemática del intelectual latinoamericano a sus ingresos monetarios: «Los (intelectuales) encarcelados que tuvieron la suerte de ser puestos en libertad, los exiliados y los expulsados de las universidades, perdieron su principal fuente de ingresos» (p. 81). «La clase intelectual, política y económicamente vulnerable, estuvo crecientemente dispuesta a aceptar el financiamiento externo como una forma de supervivencia» (ibid.). «El problema de hoy es cómo asegurarse mejor la mayor suma de dinero de la agencia exterior financiadora más accesible» (p. 83).

Me gustaría que Petras pudiera comprender que cuando nos echaron de las universidades - como también de otros centros de trabajo del sector público - los intelectuales latinoamericanos perdimos mucho más que nuestra fuente principal de ingresos. Primero, porque la docencia y la investigación eran para nosotros, como sin dudas lo son para Petras, un forma de dar expresión a nuestra vocación política, a nuestra voluntad de cambio social, una forma de contribuir al avance de la soberanía popular y la justicia social a través de la investigación de los problemas nacionales y de la formación de las jóvenes generaciones. Por eso nos echaron, y por eso tantos colegas y alumnos pagaron precios tan caros. Y segundo, porque me parece que Petras alberga fantasías sobredimensionadas sobre los niveles salariales en las universidades estatales de América Latina, que ciertamente no son comparables ni de lejos a los que paga la Universidad del Estado de Nueva York - para no mencionar las facilidades de documentación, biblioteca, computación etc. con que cuenta cualquier profesor, por mediocre que sea, en una universidad de EEUU. Me resisto a creer que Petras considera a sus colegas latinoamericanos, incluidos aquéllos cuyas opciones políticas rechaza, como simples ganapanes, pero su texto es poco feliz.

Tampoco me queda claro en qué está pensando Petras cuando habla de una «clase intelectual». Siendo un marxista, debería ser más cuidadoso en el uso del concepto. Y si se refiere simplemente a la clase como conjunto estadístico, o como grupo profesional, sus frecuentes viajes a la región deberían informarle que la «clase intelectual» latinoamericana posee una gran diversidad interna en materia de opciones políticas, prácticas profesionales, orígenes de clase, enfoques teórico-metodológicos y, por supuesto, actitudes hacia el financiamiento externo de los centros e institutos de investigación.

Veinte años después

Es poco lo que el trabajo de Petras aporta de nuevo respecto al financiamiento externo. No hay en él un solo ejemplo de los condicionamientos que se afirma produce la aceptación de fondos de agencias donantes. Se reconoce incluso la existencia de «cierto grado de influencia recíproca» entre donantes y receptores (p. 82). Es lástima esta pobreza, porque recluye las afirmaciones del autor al nivel trillado de la denuncia, cuando lo realmente importante es discutir con el máximo de objetividad posible, evitando la ingenuidad no menos que la paranoia o la envidia, los alcances, limitaciones y gravitaciones de la creciente dependencia financiera externa de los centros e institutos de investigación social en la generación de capacidades científicas, en la definición de los temas y enfoques de investigación, en la difusión de sus resultados.

Las cosas hoy son diferentes a veinte años atrás. Existe una amplia gama de agencias de apoyo a la investigación científica, aunque en los últimos años el interés por las ciencias sociales y por América Latina parece estar en retroceso. Las políticas de financiamiento y promoción de temas ya no se fijan anualmente, como dice Petras, sino por períodos que pueden llegar hasta cuatro o cinco años, y hay varias importantes agencias que o no fijan prioridades, o éstas son tan amplias que es posible articular en ellas cualquier tema relacionado con el continente. Existen también agencias que financian proyectos sobre derechos humanos, participación popular, investigación-acción, capacitación de masas; agencias que financian proyectos específicos, agencias que financian programas, agencias que financian consolidación institucional.

Mi experiencia personal en este terreno es relativamente balanceada. Me constan casos en que efectivamente, para sobrevivir, un centro agarra lo que tiene a mano; en general es una experiencia frustrante y de corto plazo, donde más apremiante que el condicionamiento ideológico es tener que dedicarse, por razones de sobrevivencia institucional, a estudiar temas que no interesan mucho. Me constan también casos en que los centros negocian mano a mano con las instituciones, y de transacciones exitosas desde el punto de vista de la política de investigaciones del centro. Esta es sobre todo mi experiencia con los centros de investigación social en Nicaragua, y con las agencias donantes, gubernamentales y no gubernamentales, que colaboran con ellos - incluidas varias agencias basadas en los EEUU. La importancia de la cooperación externa en financiamiento, entrenamiento, equipo - para la formación de capacidades de investigación científica en la Nicaragua sandinista difícilmente podría ser exagerada, ni en sus alcances ni en su eficacia. Existen por su-

puesto tensiones y desencuentros, proyectos y actividades que se quedan sin apoyo externo, y agencias que se quedan con las ganas, pero hasta el momento el resultado global sigue siendo favorable al país[3]. Sin dudas, no se puede construir una teoría general sobre la base de la experiencia de los centros y los intelectuales de Nicaragua, o de América Central, pero mientras Petras no aporta evidencias concretas, me quedo con mi experiencia directa.

Petras tiene razón cuando señala la escasa dedicación que se presta en los centros de investigación a la dominación externa, el imperialismo, y temas conexos. No estoy seguro, sin embargo, que la razón principal tenga que ver con el interés en complacer a los donantes, o con la derechización de algunos intelectuales. En algunos casos éstas son efectivamente las causas, pero yo diría que el retroceso de estos temas se registra en general en las ciencias sociales latinoamericanas, incluyendo a los que Petras denomina intelectuales orgánicos. Al mismo tiempo, es innegable que algunos de los mejores estudios sobre el impacto de las transformaciones en la economía mundial, y en la de EEUU, sobre América Latina, han sido producidos por colegas ligados a estos centros de investigación[4].

Me parece que éste es uno de los puntos más claros de diferencias de criterio entre los cientistas sociales latinoamericanos que tenemos una perspectiva crítica, y nuestros colegas de EEUU. A partir de fines de la década de 1960, hemos desarrollado en América Latina una creciente atención a los factores endógenos en la constitución y desarrollo de nuestras sociedades y sus múltiples dimensiones, buscando una superación de los estudios inspirados en un marxismo más tradicional que, al mismo tiempo que reducía todo a relaciones de producción, ponía un énfasis que ya nos parece excesivo en los factores exógenos. La línea predominante en las ciencias sociales latinoamericanas no desconoce ni olvida al sistema mundial ni en general a las fuerzas exógenas, pero nos preocupa determinar el modo en que ellas se articulan a las fuerzas endógenas, las formas en que éstas sobreactúan sobre aquéllas, y lo que resulta de esa articulación. La experiencia de América Latina indica que existe mayor margen de autonomía local que lo que los tradicionales estudios sobre el imperialismo y la dominación externa reconocían. Petras mismo ha contribuido exitosamente al estudio de esa articulación y de las epecificidades y

[3]Véase Carlos M. Vilas: Nicaragua: la investigación científica en un contexto revolucionario, SAREC Documentación, Research Surveys, Estocolmo, 1988.ebrero 1985. Editora Política, La Habana, 1985, p. 61.

[4]Piénsese por ejemplo en los excelentes estudios desarrollados por el ILET (Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales) de México y por el Centro de Estudios Transnacionales (CET) en Buenos Aires, y en las investigaciones pioneras del CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional) de Bolivia sobre la economía política de la coca y el narcotráfico.

particularidades «internas»[5] . Su recriminación suena, por lo tanto, más como un exabrupto que como una crítica.

«Aplaudidores acríticos»

Lo anterior me lleva a considerar otro tipo de intelectual latinoamericano que ocupa todavía un espacio amplio en América Latina y al que Petras no hace mención, aunque está directamente emparentado con muchos de sus orgánicos de la década de 1960. Me refiero al intelectual entusiastamente antiimperialista que es crítico pero sólo a medias, y que frena su capacidad de análisis y de discernimiento objetivo cuando de lo que se trata es de considerar regímenes o procesos estimados populares, socialistas, revolucionarios - en una palabra, las realidades sociales que le gustan.

Estoy consciente que es más fácil - aunque no siempre más saludable - criticar y ver las limitaciones de los fenómenos sociales que detestamos. Como que además se encuentra cierto gusto personal en ello. Pero lo menos que uno puede esperar de un intelectual crítico es que coloque su capacidad de análisis, su formación teórica, su experiencia académica, al servicio de las causas que ama. Y hay que reconocer - y yo lo reconozco con preocupación - que los intelectuales críticos en este segundo sentido son fruta poco frecuente en el jardín de las ciencias sociales críticas latinoamericanas, y que buena parte de nuestros colegas críticos se comportan mas bien como aplaudidores acríticos del oficialismo de izquierda.

Cuando esto ocurre de buena fe, estamos en presencia de una confusión entre el papel de las organizaciones de solidaridad y la función de la crítica intelectual. Es posible y sin dudas necesario desenvolverse en ambos planos, pero sin confundirlos. Cuando las especifidades respectivas se diluyen empiezan los problemas, porque o bien la solidaridad cesa, o bien termina por neutralizar la contribución, modesta pero efectiva, que las ciencias sociales pueden ofrecer al mejoramiento de los procesos sociales y políticos reales. Como muchos de ellos son todavía mis amigos, no voy a cometer la imprudencia de mencionar nombres, y por otra parte me preocupa la función, no quienes la desempeñan. Pero todos conocemos a muchas buenas personas, activistas solidarios de Cuba, Nicaragua, el antiimperialismo, Vietnam, la lucha del pueblo palestino, y otras causas igualmente nobles, que a pesar de sus recursos intelectuales no pueden superar el nivel de la solidaridad, y de hecho se convierten en censores de quienes pensamos que, sin perjuicio de participar

[5]Ver por ejemplo James Petras: Critical Perspectives on Imperialism and Social Class in the Third World, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.

en colectas y campañas, nuestra versación en las ciencias sociales debería aplicarse a identificar los problemas a los que se enfrentan los intentos populares de construir un mundo un poco más vivible.

La idea no me parece descabellada. Así como se celebra que un sindicato metalúrgico sueco envíe a algunos de sus afiliados a ayudar a los obreros nicas a reparar sus máquinas y a capacitarse, no veo por qué el intelectual crítico del capitalismo, la dependencia, el imperialismo, la dominación de clase y la opresión étnica, de género y generacional, debe inhibirse de ofrecer similar contribución en su campo especifico de trabajo.

«El problema», se argumenta «radica en que ello implica sacar a la luz pública que los procesos de transformación social experimentan problemas, y eso beneficia al enemigo». En realidad, lo que beneficia «al enemigo» es la complicidad con los errores, las tensiones y las contradicciones que minan desde dentro la vitalidad de un proceso de transformaciones populares y hacen más fácil las agresiones externas. Pero lo que planteo no es publicar una solicitada en The New York Times denunciando el verticalismo de tal o cual Estado revolucionario sobre los campesinos, los problemas del abastecimiento cotidiano, o los fenómenos de prebendalismo de los «funcionarios del pueblo», sino hacer valer la especificidad de la versación profesional que uno tiene para hacer llegar al interlocutor adecuado, en el momento oportuno, los señalamientos pertinentes. No se plantea escribir un libro negro, o blanco, o verde, sobre el burocratismo de estos o aquellos funcionarios, sino de dirigir un memorándum honesto a quien pueda resolver el problema y prevenir su reiteración, y de sugerir vías para ello, o de aprovechar las reuniones sociales y los brindis para conversar de algo más que de lo bien que andan las cosas y lo agradecido que uno se siente de que lo hayan invitado.

Es cierto que una contribución crítica de este tipo solamente está al alcance de los intelectuales que le dedican al objeto de su solidaridad algo más que un tiempito ocasional, y se deciden a pasar algo más que visitas esporádicas en las sociedades lodosas, polvorientas, calurosas, sucias, espantosamente subdesarrolladas y empobrecidas en las que los procesos de transformación social se llevan a cabo. Quiero aclarar que no estoy sugiriendo una invasión masiva de académicos políticamente sensibilizados a estas desafortunadas sociedades. Pero entre este extremo, y el opuesto del intelectual de protocolo, hay un amplio espacio para las contribuciones relevantes, que usualmente queda vacante.

El problema es que se puede transitar de la buena fe y la ingenuidad iniciales de considerar que señalar problemas es «hacerle el juego al imperialismo», al oportunismo de la buena vida en hoteles con aire acondicionado, gastos pagos y vehículos oficiales, donde el silenciamiento de los problemas que se observan - y es posible observar problemas incluso desde los vehículos oficiales no es un mecanismo de defensa de la revolución, sino de defensa de futuras similares invitaciones. Y por lo tanto este intelectual empieza a creer que las cosas ya no funcionan tan bien a medida que la calidad del protocolo se deteriora[6].

Intelectuales de ayer, de hoy... y de protocolo

No desconozco la utilidad de este tipo de intelectual para los procesos de transformación social cuando la agresividad del gobierno norteamericano erige en torno a ellos cercos de aislamiento internacional. La única posibilidad que estos procesos tienen de difundir una imagen de sí mismos alternativa a la que proyectan las derechas latinoamericanas y la Casa Blanca, radica en la labor de solidaridad y propaganda de estos intelectuales, y ella muy frecuentemente es muy difícil. Las puertas de las instituciones académicas del establishment se cierran a la mayoría de estos colegas, a causa precisamente de su involucramiento político.

A su turno esta actitud de marginación genera como respuesta el desarrollo de tendencias individuales y grupales al sectarismo: primero como mecanismo de defensa, y posteriormente como modus vivendi. Al principio, porque si se abren de par en par las puertas del comité de solidaridad, se puede llenar de agentes de la seguridad y de provocadores, al final, porque la competencia por las invitaciones y los pasajes se hace insoportable.

Cuando se llega a este punto, la funcionalidad de estos intelectuales y de sus pequeñas organizaciones se desvanece y, al contrario, comienzan a generarse efectos nocivos. La fragilidad de la inserción de estos grupos en su propia sociedad política incrementa la importancia que le asignan a sus relaciones externas con tal o cual país socialista o en revolución, al mismo tiempo que el cerco externo montado contra dichos países reduce los contactos políticos de éstos con el exterior a los que se desenvuelven a través de esos pequeños grupos. Se crean, por lo tanto, las condiciones para que los dirigentes revolucionarios del país en cuestión acepten las vi-

[6]Un ejemplo: recientemente, en una reunión de amigos que querían conocer mi opinión sobre la derrota electoral del sandinismo, un colega que hizo varias visitas cortas a Nicaragua y nos ayudó en el enfoque de algunos problemas de desarrollo regional, afirmó con total convicción que el empantanamiento de la revolución sandinista «se había hecho irreversible... cuando el gobierno nicaragüense dejo de enviar invitaciones con todos los gastos pagados a quienes nos ofrecíamos a colaborar».

siones e interpretaciones de América Latina proyectadas por los grupos de apoyo, y a la reciproca, que éstos proyecten como realidad de los procesos revolucionarios o los Estados socialistas las que emanan de los funcionarios respectivos. Pero se empieza así y es muy frecuente que se termine con los grupos de apoyo externo aceptando la versión de la política de sus propios países formulada desde los procesos a los que ellos brindan su apoyo. En tales condiciones, la posibilidad de un pensamiento crítico se torna problemática, y el intelectual solidario suele devenir intelectual de aparato, o de protocolo.

Del mismo modo, se principia estudiando el pensamiento genuinamente creativo de dirigentes como Giap, Mao, Cabral, Guevara o Carlos Fonseca, y se termina organizando seminarios y distribuyendo «obras completas» de funcionarios de intelecto francamente cuestionable, en un seguidismo ideológico que supera con creces al de los intelectuales orgánicos de la derecha. Porque hasta donde sé, a ninguno de éstos se les ha ocurrido organizar seminarios sobre el pensamiento político de Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Jorge Rafael Videla o Augusto Pinochet, - cuyos respectivos aportes a la expansión del capitalismo financiero, la explotación del Tercer Mundo, la opresión de las masas populares y la internacionalización de las economías periféricas son ciertamente remarcables -, mientras que nuestros colegas críticos de protocolo nos torturaron durante décadas con las obras siempre incompletas de Teodor Zikov, los interminables discursos de Leonid Brezhnev, o el pensamiento administrativo del camarada Honecker. O se entusiasmaron ante los méritos literarios de los discursos, novelas, testimonios, ensayos y narraciones de la dirigencia revolucionaria de Nicaragua, sin percatarse de la inexistencia de libros de texto en las escuelas secundarias allí, o del salario miserable de sus maestros. O acusaron de derrotistas, sugiriendo connivencias objetivas con los enemigos de la revolución, a los que como parte de nuestra lealtad a la revolución señalamos a su debido tiempo la existencia de problemas y el surgimiento de lucecitas de peligro [7].

Mi argumento es que existe un camino relativamente directo que conduce desde los intelectuales de ayer y de hoy a quienes Petras llama orgánicos y yo apocalípticos, a éstos que yo denomino intelectuales de protocolo. Este camino está pavimentado por el sobreénfasis en los factores exógenos favorables o perjudiciales; en una concepción elitista, jacobina incluso, de la política; en una atención desorbitada a todo lo que tiene que ver con el Estado y los aparatos; en un clasismo abstracto que negaba la especificidad de toda otra forma o tipo de identidad social; en un plante-

[7]Ver por ejemplo William Robinson y Ken Norsworthy: «Comment on Vilas», en Monthly Review N° 38 (Diciembre 1986) 44:47, y «A Critique of the 'Antidemocratic Tendency' Argument: The Case of Mass Organizations and Popular Participation in Nicaragua», en Latin American Perspectives N° 56, 1988, 134:141.

amiento maniqueo de los procesos políticos en términos de «todo o nada», que al no poder conseguirlo todo en la casa propia optó por aceptarlo todo de las versiones propagandísticas - a favor o en contra - proyectadas desde afuera sobre las casas ajenas, o bien se resignó al escepticismo, vale decir, a la nada.

Al contrario de Petras, yo diría que nunca como en nuestros días América Latina ha presenciado un involucramiento político de sus intelectuales tan importante y efectivo. Las opciones políticas populares en Brasil, México, Uruguay, Nicaragua, Perú, Chile, presentan verdaderas concentraciones de intelectuales que han devenido, ahora sí, orgánicos. Su discurso es menos bullanguero que el de sus colegas de hace dos décadas, pero ello no se debe al financiamiento de las agencias internacionales de investigación científica, sino a que la realidad del continente es otra. La propia vida nos ha hecho cambiar. Y no sólo a nosotros, sino sobre todo a los auténticos dirigentes revolucionarios de América Latina que, por encima de sus gustos personales, saben notificarse de las transformaciones del escenario internacional y de su impacto sobre los procesos que conducen.

Si a mediados de la década de 1960, en medio de un aislamiento casi absoluto respecto del resto de América Latina, la consigna de los revolucionarios cubanos era «uno, dos, muchos Vietnam», a mediados de la década de 1980, ante una correlación internacional de fuerzas muy diferente, Fidel Castro afirmaba: «Los cambios sociales solos no resuelven», y que «hay una cosa más importante en este momento que los propios cambios sociales... es la lucha por la independencia y por un nuevo orden económico mundial»[8] , pues «la tarea del momento, la prioridad vital, fundamental, de todos sin excepción y en la que todos deben unirse y luchar en común, es el desarrollo»[9] . Del mismo modo que si a mediados de la década de 1970 argumentaba que existían en Africa «excelentes perspectivas para pasar prácticamente del tribalismo al socialismo»[10] , una década más tarde reconocía que «Marx concibió siempre el desarrollo de la economía como una premisa del socialismo», y que «es muy difícil hacer el socialismo sin desarrollo»[11]. ¿Metamorfosis de la revolución cubana, o reconocimiento elemental de las transformaciones en su entorno?

La alternativa a los intelectuales apocalípticos de ayer no son los intelectuales integrados o los de protocolo de hoy. Son los que han perseverado en sus compromisos políticos y en sus enfoques críticos tanto de lo que detestan como de lo que

[8]Fidel Castro: La impagable deuda externa de América Latina y el Tercer Mundo, Editora Política, La Habana, 1985 (entrevista al periódico Excelsior de México), 133-135.
[9]Ibid., p. 37.
[10]Apud. Carlos M. Vilas: Perfiles de la revolución sandinista, Legasa, Buenos Aires, 1984, 51-52.
[11]Ibid., p. 36, y entrevista concedida a la Agencia EFE el 13 de febrero 1985. Editora Política, La Habana, 1985, p. 61.

quieren. Los que son capaces de poner su instrumental específico al servicio de los procesos reales de transformación social incluso si para ello es necesario arriesgarse a algún disgusto personal, identificar lucecitas rojas y sugerir que tal vez el rey ande desnudo. Los que empiezan las tareas de solidaridad hacia los procesos lejanos practicando la solidaridad con las luchas populares de su propia cuadra y de su mismo barrio. Sobre todo, los que son capaces de convencerse a sí mismos y de tratar de convencer a otros, aun en medio de la peor de las derrotas, que las cosas son posibles, que hay que ponerse en pie, recomponer los huesos, sacudirse el polvo, y seguir adelante.

Los apocalípticos de ayer se han quedado al margen de los nuevos datos de la realidad, los metamorfoseados se han integrado al travestismo, y los de protocolo se nos han quedado sin referentes.

Referencias

*Castro, Fidel, LA IMPAGABLE DEUDA EXTERNA DE AMERICA LATINA Y EL TERCER MUNDO. - La Habana, Cuba, Editora Política. 1985;

*Petras, James, CRITICAL PERSPECTIVES ON IMPERIALISM AND SOCIAL CLASS IN THE THIRD WORLD. - Nueva York, EEUU, Monthly Review Press. 1978;

*Petras, James, ESTUDIOS LATINOAMERICANOS. 5. p81-86 - México. 1988; Selser, Gregorio -- La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos.

*Petras, James, LA JORNADA DE MEXICO - PRENSA. 25/08 - 1988; Comment on Vilas.

*Robinson, William; Norsworthy, Ken, LATIN AMERICAN PERSPECTIVES. 56. p134-141 - 1988;

*Robinson, William; Norsworthy, Ken, MONTHLY REVIEW. 38. p44-47 - 1986;

*Spalding, Hobart jr.; Taylor, Lance; Vilas, Carlos M., SAREC'S LATIN AMERICAN PROGRAMME (LAP): AN EVALUATION. - Estocolmo, Suecia, SAREC Documentation Series. 1985; A Critique of the 'Antidemocratic Tendency' Argument: The Case of Mass Organizations and Popular Participation in Nicaragua.

*Vilas, Carlos M., NICARAGUA: LA INVESTIGACION CIENTIFICA EN UN CONTEXTO REVOLUCIONARIO. - Estocolmo, Suecia, SAREC Documentación, Research Surveys. 1988;

*Vilas, Carlos M., PERFILES DE LA REVOLUCION SANDINISTA. p36-52 - Buenos Aires, Argentina, Legasa. 1984

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 107 Mayo-Junio de 1990, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**